



SIN ADJETIVOS, SIN MAS, LA DEMOCRACIA

La democracia no es la panacea, pero sí, en el tiempo actual mexicano, “el único camino posible de reconciliación nacional”, apunta Enrique Krauze en el libro de ensayos donde analiza las diferentes circunstancias históricas, socioculturales y políticas que propiciaron en el país el establecimiento y continuidad de un Estado rígido que, sexenio tras sexenio y dada la falta de alternancia en el poder, angosta —cuando no anula— las expectativas de poner en práctica una democracia sin adjetivos.

Pese a que por décadas el gobierno ha manifestado un endurecimiento en sus formas, perfiles y carácter corporativo, es claro que el sistema político mexicano, poroso y flexible como es, permite movimientos capaces de ir cercenando partes de la estructura piramidal sobre la cual se erige. Dicho de otra manera: no obstante la rigidez de un PRI-gobierno obstinado en seguir siendo el rector perpetuo del destino nacional, existe un amplio margen de reforma que hasta ahora, en mayor o menor grado, ha servido como punto de legitimación de los regímenes posrevolucionarios.

Aunque pocas, las adecuaciones y aperturas gestionadas desde el interior del bloque gobernante tienen la intención de hacer creer a la opinión pública que se vive dentro de una democracia, pese a que los cambios se generen para que todo siga igual.

“Sin soltar prenda”; esto es, negándose a reconocer el triunfo electoral de la oposición, es muy raro el caso en que el PRI acepte haber perdido un municipio o una diputación, para no hablar de las gubernaturas que maneja y detenta como asunto particular, en el entendido de que la consecución de éstas contribuirá a su fortaleza, manteniendo el carácter monopólico que hasta ahora posee.

Desde la perspectiva de Krauze sucede todo lo contrario. Es la obcecación por el poder, la incompetencia hecha go-



bierno, la existencia de una cultura política que, paternalista y administrada verticalmente, niega al pueblo mexicano estar preparado para ejercer una real democracia, la resistencia al cambio, a asumir cabalmente la pluralidad ideológica y partidista lo que, entre otros factores, ha conducido a la esclerosis del sistema político mexicano.

Lejos de los valores liberales que encomian la separación de poderes, el ejercicio de elecciones limpias, el auge de una prensa independiente, así como la irrestricta libertad de expresión, las diferentes administraciones habidas en el país después de 1929 han estado marcadas, en mayor o menor medida, por contravenir estas aspiraciones democráticas.

Fuera de la República Restaurada y de la etapa maderista —periodos verdaderamente democráticos— la democracia en México no ha sido sino una palabra factible de colocar antes o después de los calificativos con que unos y otros pretenden determinarla: popular, burguesa, formal, dirigida, verdadera, representativa, liberal, imperfecta, corporativa, vertical, política, sustancial.

Calificar a la democracia en términos valorativos hacen a ésta venir a menos, la denigran, dice Krauze, quien se pronuncia por una democracia sin adjetivos.

Luego de trazar analogías históricas entre México y la Inglaterra del siglo XVIII, tras recurrir a la referencia filosófica y literaria, después de señalar las veces que la democracia ha tocado a nuestra puerta, sin que a nadie le importe porque ésta produce dignidad, no dividas, Krauze, uno de los intelectuales mayores del país, subraya que la transición de una democracia formal a una democracia sin más debería significarse por:

el respeto escrupuloso al voto; el civilizado ejercicio de una crítica en la que la imaginación, la fundamentación y la lógica desplacen a las reacciones viscerales,



dogmáticas y autocomplacientes; la consideración de la variedad y la pluralidad como fines en sí mismas; la vigilancia atenta del poder junto a la posibilidad de orientarlo, limitarlo y llamarlo a cuentas; y, en fin, la experiencia cotidiana –individual, colectiva, nacional– de labrar el destino propio con el propio esfuerzo.

Simultáneamente a esto, dice, debe pugnarse por concretar una prensa inteligente, sensible, apegada a la objetividad y profesionalismo antes que a la oratoria y conciente de que ninguna instancia impide denunciar, por ejemplo, la soberbia, la irresponsabilidad y la torpeza de quienes nos llevaron a la quiebra al concebir a México como un botín.

Crítico del poder, Krauze se enfrenta a éste, lo descubre en sus más bajas acciones, lo interroga, lo agrade para, al final, puesto al lado de las mejores razones, proponer, antes que utopías o evangelios de salvación, medidas concretas encaminadas a hacer entender la necesidad impostergable del cambio no único pero sí fundamental que generaría todos los cambios: la democracia.

Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos*. México, Joaquín Mortíz, Planeta, 1986, 212 pp.

Laura Guillén

Fidel Castro y la religión

La religión y su relación con la política y la cultura se ha vuelto, a últimas fechas, un profundo tema de reflexión para las Ciencias Sociales. Ello no podría ser de otro modo: en época de crisis, de ruptura de los valores que le dieron orientación a la vida del hombre en Occidente durante los